

un estrecho bloqueo, cortó enteramente la introduccion de víveres á los habitantes, que muy en breve empezaron á sufrir los horrores del hambre. La peste se declaró tambien en la ciudad donde hizo numerosas víctimas.

Antes de dar la señal de un ataque combinado contra los últimos atrincheramientos de Guatimocin, Cortés le hizo por la última vez proposiciones de paz. Al fin el emperador se presentó como dispuesto á un convenio, y una suspension de armas durante tres dias fué el resultado de estas negociaciones.

Durante esta tregua un simple foso separaba á españoles y mejicanos, que se observaban mutuamente. Algunas veces solia salir fuera de las trincheras un mejicano para desafiar á los españoles, que despreciaban estas fanfarronadas. No obstante, uno de estos provocadores recibió una leccion que quitó á sus compatriotas las ganas de repetir estas insolentes provocaciones. Armado con la espada y rodela de un español sacrificado, vino á plantarse entre los dos ejércitos, usando en su desafío palabras afrentosas para los soldados extranjeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el general le negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete: "que si traia otros diez soldados mejicanos, permitiria á aquel jóven que fuese á cortarles el pescuezo." El intérprete señalaba al decir estas palabras, un pajecillo de Cortés, que podria tener

como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Nuñez de Mercado. El mejicano irritado con este desprecio, repitió su desafío con mayor insolencia, y entonces Mercado saltando de las trincheras, atacó al fanfarron con tanto vigor, que muy en breve le tendió muerto á sus piés. Todos los españoles palmotearon cuando el vencedor vino á poner á los piés de su general la espada y el escudo vencido: Cortés le abrazó y en premio de su valor le ciñó con sus propias manos la espada que habia quitado al mejicano.

Guatimocin, que solo procuraba ganar tiempo, habia anunciado que vendria en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Quería, aconsejado de sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir nuevo ejército. Se habian adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval, que mandaba á la sazón la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venian en ellas despreciando el fuego de metralla, no trataban mas que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval que muchas canoas atostadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de re-



mo con extraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguin, cuyo buque era el mas velero, fué el primero que las alcanzó. Disponiase á echarlas á pique; mas así que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo emperador, adelantándose hácia el capitán español con tanta dignidad como presencia de espíritu, le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa y las que estaban con ella á la cortesía de los españoles.

Quando los mejicanos supieron que Guatimocin estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros dias que siguieron á la conquista de Méjico, se pasaron en estrepitosas demostraciones de regocijo y enyancimientos por el triunfo; pero á estos trasportes de alegría sucedieron bien pronto las murmuraciones y las quejas, á vista de la escasa parte de botín que cada soldado iba á recibir por premio de tantas fatigas. Los descontentos acusaban ya á Guatimocin, ya á Cortés, atribuyéndoles el que habian ocultado para ellos una gran parte de los tesoros del imperio.

En vano el general trató de apaciguarlos: Alde-

rete, que habia sido nombrado tesorero real, se presentó á Cortés á la cabeza de los descontentos, y pidió en virtud de sus funciones, que se le entregasen Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar el paraje del lago donde se habia arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, y abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban, Guatimocin y su ministro fueron puestos á cuestion de tormento.

Admirable fué la firmeza del emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos victimas sobre unas parrillas, bajo las cuales habia carbones encendidos. El ministro de Guatimocin sufrió al principio el tormento con valerosa resignacion; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hácia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fria á su ministro:

—¡Y yo, acaso estoy aquí puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir ni una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos.

La conquista de la capital produjo la sumision de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos con-



quistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico, que no era mas que un monton de ruinas: esta ciudad destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacia.

El amor de la libertad, que no podia estar comprimido, hizo que estallasen muchas conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearón una venganza terrible: la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Pánuco, sesenta caciques y cuatrocientos nobles mejicanos fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las victimas fuesen testigos de aquella horrible escena (1).

(1) *El suplicio de la hoguera, por horroroso que hoy dia nos parezca, es el que estaba mas en uso en la época de la conquista: le usaban los mismos indios, y era el que como mas aterrador se podia emplear en represalias de los bárbaros sacrificios que hacian aquellos naturales con cuantos españoles caian en sus manos, á quienes rompian el pecho para sacar el corazon palpitante, disputándose luego los demás miembros en un odioso festin. Los sentenciados de la provincia del Pánuco, cuyo número hace subir el autor á mas del que citan los historiadores mas enemigos de Cortés, habian asesinado antes á cerca de seiscientos españoles, muchos de ellos de los ya avecinados pacíficamente en las provincias con-*

Guatimocin no sobrevivió mucho tiempo á la destruccion de su imperio; le acusaron de incitar y favorecer la rebelion de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prision. Se apoderaron de él, lo mismo que de los caciques de Tezcucó y Tacuba, y todos tres fueron ahorcados en medio del dia en una de las principales calles de Méjico (1).

Cortés preparaba una expedicion desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le habia rebelado; pero un comisario enviado por la corte de España llegó á Méjico. Apenas habia llegado cuando cayó enfermo y murió, por lo que los empleados reales engañados en su esperanza, renovaron sus quejas y sus denuncias á la corte de España, que nombró una nueva comision, provista de mas amplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

*quistadas. Tampoco está bien probado que se hiciese asistir al suplicio á los parientes de las victimas.—(Nota del traductor.)*

(1) *Guatimocin y sus cómplices no fueron ahorcados en Méjico, sino en un pueblecillo indio por donde pasaron los españoles en su expedicion á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas auxiliares en esta expedicion, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.—(Nota del traductor.)*



Quando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Carlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolueion, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él además absuelto de antemano con la misma admiracion que escitaba en todas partes la presencia de un hombre que se habia ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Carlos V le recibió con mucha distincion, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde (1) y le concedió una vasta estension de territorio en Nueva-España.

Do vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que experimentaba, para no echar de menos su decaído poder, equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico con ánimo de hacer descubrimientos

---

(1) *La recompensa que obtuvo Cortés por sus importantes servicios fué nombramiento de virrey y gobernador de Nueva-España, cargo que en 1529 quedó reducido al de capitán general del mismo territorio. No fué el título de conde el concedido á Hernán Cortés, sino el de marqués del Valle de Guaxaca, aunque él no se firmaba mas que el marqués del Valle.—(Nota del traductor.)*

en el gran mar del Sud. El resultado de esta expedicion, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, unida á la América setentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que habia dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podia contar aun con la justicia del monarca y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frio recibimiento que le hicieron en la corte y por la desdñosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus dias y murió en su patria el 2 de diciembre de 1547 á los setenta y cinco años de edad (1). Su cuerpo fué trasportado, conforme él lo habia pedido al morir, á Nueva-España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados despues á la Habana, como los de Colon, y casi en la misma época.

---

(1) *Otros autores señalan la muerte de Cortés á la edad de sesenta y dos á sesenta y tres años, y añaden que sus restos mortales fueron depositados en el hospital de Jesus que él habia fundado.—(Nota del traductor.)*